

Trabajando por los descarriados

En mis primeros años de ministerio, tuve la experiencia de visitar a un supuesto descarriado que no había ido a la iglesia en muchos años.

Aún recuerdo aquel miércoles por la mañana cuando llegué a su casa en aquel pueblecito rural de Portland, Jamaica. Abrí la verja y me acerqué a la casa de bloques de hormigón a medio terminar, orando todo el camino para que el Espíritu de Dios bendijera mi visita. Gracias a Dios, no había perros cerca. Con cautela, llamé a la puerta y, al mismo tiempo, pronuncié con ternura el nombre de la persona.

Me abrió un hombre de mediana edad con rastas y me preguntó qué quería. Retrocedí un metro, le miré directamente a los ojos, después de identificarme lo llamé por su nombre y le dije: «El Señor Jesucristo me ha enviado aquí para decirle que le ama y que tiene que volver a la iglesia».

No dijo ni una palabra, pero se sentó en el escalón y empezó a llorar. Al oír llorar a su marido, salió la mujer, seguida de los niños, que me miraron atónitos preguntándose qué había pasado. Dijo entre sollozos amargos: «Sí, fui miembro de la iglesia durante muchos años».

No dijo por qué se había ido, pero nunca olvidaré lo que dijo aquel miércoles por la mañana: «Pastor, desde que me fui de esa iglesia hace muchos años, usted es el primero que me ha visitado y me ha invitado a volver a la iglesia».

He utilizado esta experiencia como guía para la evangelización durante los últimos veintiséis años de ministerio. El evangelismo es la primera prioridad de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, pero tendemos a olvidar que aquellos que una vez caminaron con nosotros, también deben ser evangelizados.

Hay cientos, miles de personas que una vez disfrutaron de la comunión de la iglesia y la seguridad de la salvación en Jesucristo, que ya no están con nosotros. Algunos se han colado por la puerta de atrás, otros se han desilusionado con la iglesia, otros se han disgustado y muchos han dejado la iglesia sin saber siquiera por qué se fueron.

Por lo tanto, he establecido la norma de que antes de emprender cualquier serie de evangelización, vayamos a los libros de la iglesia y hagamos una lista de todos aquellos que ya no vienen. Estos nombres se asignan a personas que deben llamar, visitar y animar a estas personas a volver a la iglesia. Deben saber que se les echa mucho de menos, y que la iglesia no es lo mismo sin ellos. Si los queremos de vuelta en la iglesia, normalmente se quedan.

Cuando Jesús envió por primera vez a sus discípulos, les dijo: «*Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel*» (Mat. 10: 5-6). Más tarde, les dijo que fueran a todo el mundo (ver Mat. 28:19).

Sí, debemos ir a todo el mundo, pero qué triste es que hayamos dejado a nuestros propios hermanos y hermanas descarriados para buscar y salvar a otros.

Todavía hoy me reconforta el corazón que después de visitar, orar y estudiar con ese hombre con rastas y su familia, todos fueron bautizados, con la excepción del hijo. Amigos, prestemos atención a las palabras del Maestro y evangelicemos en todas partes de cualquier manera que podamos, pero mientras lo hacemos, recordemos a nuestros descarriados y hagamos todo lo posible para traerlos de vuelta al redil de la seguridad.

Pr. Garfield Manderson,
Ministerios de la Familia,
Asociación Noreste de Jamaica.